

**Diciembre 2008. Un intento de
detectar la fuerza y los límites de
nuestra lucha – Blaumachen**

El Estado asesina desde los puestos fronterizos hasta las comisarías (escrito en un muro)

Pese a que el Estado y los medios de comunicación hayan intentado reducir lo ocurrido en Grecia en diciembre de 2008 a una “revuelta de los jóvenes” -que, a causa de la sensibilidad propia de su edad, tienen todo el derecho a reaccionar contra el mundo de los mayores-, existen algunos elementos que hacen de estos acontecimientos los más importantes en la historia de Grecia de los últimos 35 años. Fue una sublevación de una minoría de la clase obrera que vive en esta pequeña parte del mundo. Con sus acciones, esta minoría criticó las relaciones sociales que existen actualmente en el mercado de trabajo, el comercio y el Estado. Esta crítica destructiva y al mismo tiempo constructiva no tuvo un carácter reformador sino anticapitalista, y ha formulado la necesidad de superar las relaciones sociales expresadas en el mundo capitalista.

“*Remember, remember the 6th of December*” fue una frase bastante común en las calles atenienses. Desde la noche del asesinato del joven estudiante y durante algunos días se manifestaron las acciones de una multitud cuya mayoría estaba representada por jóvenes proletarios (pero no sólo ellos participaron): ataques a policías y comisarías, incendio de sucursales bancarias, destrucción y saqueo de comercios, actos vandálicos contra ministerios, ocupación de universidades, ayuntamientos y otros edificios públicos. Los ataques a los comercios de lujo comenzaron esa misma noche (6 de diciembre), es decir, se relacionaba directa y evidentemente el asesinato del escolar de 15 años con la soberbia y desfachatez del capital. Hubo también ataques sistemáticos a concesionarios de coches, semáforos, paradas de autobuses, etc., es decir, contra todos los símbolos del tráfico urbano. Los ataques contra los bancos -que concentran y materializan el espíritu de dominación del capital sobre las necesidades de la gente- eran enfurecidos, y en todo momento desde los primeros días de la revuelta hubo intención de prenderles fuego.

En las calles de las ciudades sublevadas se encontraban escolares -entre ellos muchos inmigrantes “de segunda generación”-, estudiantes universitarios, trabajadores jóvenes y parados, proletarios griegos e inmigrantes, y unos cuantos “con trabajo fijo”. La revuelta, que sucedió en un momento en que la crisis del sistema capitalista evoluciona en todas sus facetas, evidenció la firme convicción de los jóvenes de que el futuro les “había sido saqueado” (como dijo Mike Davis en una entrevista). La revuelta de Diciembre 2008 no fue un movimiento contra la arbitrariedad de la policía o la represión. Puede entenderse el hecho de que la represión fuera el objetivo del ataque proletario, si vemos el disparo de un madero cualquiera como lo que realmente es: la expresión real de un Estado que debe intervenir de forma cada vez más represiva contra un proletariado que lo tiene cada vez más difícil para reproducirse en el actual mundo capitalista. Del mismo modo, no es un movimiento contra el Gobierno: las acciones de los sublevados, que empezaron a causa de la baja calidad de vida, se dirigieron contra el futuro del mundo capitalista.

Es importante señalar que la particular estructura urbanística del centro de Atenas contribuyó -con la anulación de la fractura entre los barrios en los que viven dichos “rebeldes” y los habitados por inmigrantes- al encuentro de diferentes sectores del proletariado durante la revuelta. La Avenida Patission una vez más ha jugado su papel histórico, es decir, el de ser la avenida de los enfrentamientos de clase. Esta importante arteria se encuentra en un triángulo geográfico cuyos vértices corresponden a tres mundos distintos. El barrio de Exárjia constituye la materialización de una “guerra civil de baja tensión” continua entre la policía y una parte de la juventud. Es el terreno de la anticultura y de las diferentes formas de subculturas y de marginalización, de la divulgación de ideas radicales (y no tanto) que constituyen una especie de “enclave” en la metrópolis de la mercancía y la seguridad. Históricamente representa un abanico de comportamientos y actitudes subversivas, un terreno de fuertes enfrentamientos sociales. Las zonas donde viven los inmigrantes -que se encuentran al sur de Patission, hacia la plaza Omonia y la calle del Pireo-, han sido los últimos años un espacio en el que se han concentrado los sectores más débiles del proletariado

multiétnico. En el tercer vértice se encuentra la zona que está entre la calle Ermou, la plaza Syntagma y la plaza Kolonaki. Son los barrios de los ricos, donde están todos los edificios que representan el poder del Estado, cuya presencia al lado de los más débiles y de los más rebeldes es considerada una provocación. La cercanía entre barrios ricos y barrios pobres –debida a la incapacidad del Estado griego de aplicar una política de remodelación urbanística del centro de Atenas (como sí ha ocurrido en otras metrópolis europeas)- crea una mezcla explosiva que estalló en diciembre de 2008. Las diferentes características de la reacción contra la degradación y la precarización de las condiciones de vida se encontraron cuando estalló la revuelta. Por este motivo, la sublevación se difundió y el fuego se extendió amenazando con quemar gran parte del país. El momento en que el Estado rogaba que las manifestaciones de protesta fueran simbólicas y pacíficas, los sublevados trataban de atacar u ocupar edificios públicos de su zona. De todas las maneras posibles, intentaban dejar claro que el enemigo está en todas partes.

Somos la imagen del futuro (escrito en un muro)

La revuelta de Diciembre 2008 tiene una gran importancia histórica porque las acciones que la caracterizan crean la necesidad de una superación del contenido de la crítica proletaria contra el mundo capitalista. La sublevación de diciembre es la crisis actual de la reproducción de las relaciones capitalistas, pues la composición social de los sublevados y sus acciones demuestran que no hay más salidas en esta sociedad capitalista. Los sublevados –independientemente de cómo los llame el capital (escolares, universitarios, jóvenes trabajadores, precarios, inmigrantes)- son los proletarios cuyo futuro el capital no parece dispuesto a asegurar. La situación amenaza también a los demás trabajadores y, asimismo, a las propias relaciones capitalistas.

Las acciones destructivas que caracterizaron el Diciembre griego se difundieron y fueron ejercidas de forma colectiva. Si tales acciones se hubieran continuado y extendido aún más, entonces se habría puesto sobre el tablero el asunto de la destrucción de las relaciones capitalistas por parte del proletariado. Según esta idea, el Diciembre griego enseñó que en un futuro el capital puede ser destruido, es decir, representó un cambio de ruta en relación al pasado histórico de las luchas de clase. La destrucción del capital, es decir, la destrucción de las clases que genera el capital (y también del proletariado) y la formación de nuevas relaciones directas entre las personas es el comunismo. La génesis de un nuevo mundo es producida necesariamente por la destrucción del viejo. Esa es la imagen del futuro que el Diciembre griego trajo consigo: sólo la destrucción de edificios, de medios de producción, de redes de distribución, de cada situación o lugar que mantiene y conserva el capital puede crear las condiciones necesarias para que surja el comunismo. Sólo cuando la actividad diaria no se pueda distinguir de la actividad revolucionaria, las clases (es decir, el trabajo y el valor) podrán desaparecer. Sólo con la destrucción de la burguesía se cuestionará la división del tiempo en trabajo y otras actividades, y la división del espacio en espacio de producción y espacio de reproducción. Como escribió Marx en sus “Grundrisse” en el siglo XIX: “las relaciones entre los individuos aparecen como relaciones entre cosas porque el valor del intercambio es material en su naturaleza”. La destrucción del valor comenzará necesariamente con la destrucción de las cosas y será posible realizar una sociedad comunista sólo si esta destrucción se generaliza a medida que el proletariado encuentra el modo de vivir sin serlo. El comunismo no es “alienación de espacios públicos” o “justa repartición” entre todos de los productos que han sido creados por medio del capital, ni “autogestión de las fábricas” que no son más que lugares de producción de valores. Asimismo, el comunismo no debe ser interpretado como “violencia” o “contraposición al Estado” o “destrucción de edificios”. Las nuevas relaciones son la generalización de las medidas que toma el comunismo por ser necesarias para la continuación de la lucha y de la vida. El sistema comunista es la conexión entre todas las acciones comunistas que derivan de la

necesidad de enfrentamiento contra el capital, y su generalización hasta que sea imposible volver atrás; el resultado histórico de este proceso es el comunismo y no la “autogestión de la producción”, sino la destrucción de la división de la vida entre producción y reproducción. No es la “alienación de espacios públicos”, sino la destrucción de la división que impone el sistema burgués. La revuelta de Diciembre tan sólo ha mirado hacia el futuro, pero se paró ahí. El contenido de la lucha de clase se ha transformado después de la revuelta y ha vuelto a la reivindicación. Cada esfuerzo del proletariado en cuya evolución la supervivencia no se identifica con la continuación de la lucha contra cada forma en la que aparece el capital, reproduce una relación de tipo capitalista y está condenado a la derrota, derivando su razón de ser en el mismo capital. El sistema comunista no es la defensa de una organización de la vida que se desarrolla de forma alternativa; el comunismo no defiende, continúa. El sistema comunista es, en realidad, la autocritica de la revolución, es decir, la revolución contra la revolución; la revolución dentro de la revolución.

¿Volver a lo mismo? Ni a tiros (escrito en un muro)

En un análisis de la revuelta de Diciembre bajo el punto de vista de la destrucción del capital, es importante examinar qué han hecho los proletarios sublevados de todas las etnias, cuáles fueron los límites de su acción y qué han demostrado ser capaces de hacer en el futuro. Las acciones orientadas a la creación de un mundo nuevo, pese a las contradicciones que había en ellas, eran los ataques a los edificios y a los grandes almacenes, los saqueos de comercios, y una acción antisindical que se manifestó con la ocupación de la GSEE y los ataques salvajes de los escolares a las comisarías. Estas acciones son importantes porque se encuentran fuera de cualquier espacio de reivindicación. Igual de importante fue la gran participación de inmigrantes, algo que demuestra que las divisiones entre los proletarios son cuestionadas sólo cuando la lucha se dirige contra el capital. Trataremos en otra parte el papel del movimiento “antisistema”, debido a su gran implicación en los acontecimientos de Diciembre, y también trataremos la cuestión de la “violencia social”, por su especial importancia. En el siguiente apartado analizamos el límite histórico de la lucha de Diciembre y sus perspectivas.

Ellos destruyen nuestra vida y nosotros destruiremos todo para que nuestras vidas estén en nuestras manos (escrito en un muro)

“Los proletarios sublevados no formularon ninguna reivindicación, no tenían ninguna demanda, pues sufren cada día el rechazo de la clase dominante a cualquiera de sus reivindicaciones”. Esto estaba escrito en un comunicado difundido por algunos ocupantes de la ASOEE. Los hechos de diciembre dejaban claro que la crisis del capitalismo es prácticamente crisis de la política. Los sublevados destruían y ocupaban los edificios del Estado, es decir, del capital que se concentra en sus manos por el mecanismo de reproducción social, con el que tendrían que llegar a un compromiso en una lucha con reivindicaciones. Sus ataques a los edificios del poder estatal simbolizaban la ausencia de demandas. “La falta de reivindicaciones reformadoras (y de este modo la ausencia de cualquier intención de gestionar la protesta) es, por supuesto, el elemento más escandaloso, y no los cócteles Molotov o los escaparates rotos”, según dijo muy correctamente

Davis en la misma entrevista.

El carácter de la Revuelta de Diciembre, que no dejaba lugar a negociaciones, constituye una fractura con el masivo movimiento estudiantil que se manifestó en las ocupaciones de 2006/2007. Éste es el prelude de la revuelta, pues en esa ocasión se expresó la rebeldía de una parte específica de los jóvenes proletarios –es decir, de los estudiantes-, que tienen una gran influencia social en el caso de Grecia. Se trataba de un movimiento contra el bloqueo de la reproducción de la mano de obra especializada. El movimiento estudiantil tuvo un carácter reivindicativo (es decir, reivindicaba una mejor posición de la mano de obra especializada en el mercado laboral), pese a las contradicciones y los enfrentamientos internos que se dieron. Nosotros mismos, que fuimos parte de ese movimiento y vimos que no podía expandirse más allá del campo académico, pensábamos que algunas demandas concretas podían constituir un instrumento político para el cuestionamiento de las divisiones de la clase obrera. Como vivimos –cada uno desde su posición- el ataque contra las condiciones de nuestra reproducción (elemento central del sistema capitalista), creíamos que la demanda de un salario social podía jugar ese papel, y así lo especificamos en el movimiento, reivindicando un salario estudiantil. Esta demanda expresaba la resistencia de la clase obrera contra la tendencia del capital en su actual fase histórica a disminuir el salario indirecto por medio de recortes de beneficios sociales y de presionar cada vez más para someter la reproducción de la mano de obra a una mera relación salarial. El objetivo era mostrar que todas las actividades de los trabajadores que no reciben por ello un salario –por diferentes motivos- son trabajo, ya que reproducen una relación capitalista.

Pensábamos que la demanda de un salario social –poniendo el acento en la mejora de la situación de los estudiantes, los desempleados, las mujeres que no trabajan y los trabajadores que no tienen sueldo-, resultaría en que todos los asalariados juntos pudiésemos cuestionar las relaciones que se desarrollan en un sistema capitalista. De este modo comenzamos a promover esta reivindicación revolucionaria dentro del mismo movimiento. Se trata de una contradicción cuya magnitud llegamos a entender tan sólo después de los hechos de diciembre. Es verdad que esta demanda fue acogida tan sólo por un pequeño sector radical del movimiento estudiantil, y la sublevación de diciembre nos ha explicado el porqué. Su existencia nos enseñó que la fragmentación del proletariado tiene un carácter histórico y no podemos considerarla como una debilidad o una derrota de la clase obrera. El proletariado, después de la derrota de las luchas de los 60/70, y de la contrarrevolución, se ha fragmentado en dos categorías, asalariados y no asalariados, pues la precariedad es la condición generalizada en las relaciones capitalistas. La generalización de la precariedad todavía no puede conducir a una unidad de los trabajadores precarios, ya que la consecuencia de la precariedad y especialmente de su reproducción en trabajadores confirman la existente disolución de la identidad de la clase obrera que, de cualquier modo, deriva de la fragmentación (en el tiempo y el espacio) de la producción que causó esta reorganización de las relaciones laborales.

El capitalismo, pues, es una relación entre dos clases, y el problema de la reproducción de la clase obrera es también un problema del capital. La sublevación de diciembre representó entonces una “autocrítica real” a aquella posición, puesto que demostró que esta tendencia a la fragmentación no se cuestiona con demandas que afirmen la condición del proletariado de la anterior fase histórica; tan sólo puede ser cuestionada en el momento de la revuelta, en la crítica de las relaciones capitalistas, es decir, de la crítica de la existencia misma del proletariado como clase trabajadora.

La ausencia de demandas produjo una forma de organización totalmente informal, espontánea (grupos, pandillas). No había llamamientos oficiales; las manifestaciones que se desarrollaron durante los primeros días de la revuelta eran el necesario punto de encuentro de las actitudes destructivas de los proletarios sublevados. Eso se formuló en la extrema sencillez de las frases escritas en las pancartas como, por ejemplo “Asesinos”, mientras las pancartas de las organizaciones políticas y sindicales expresaban en su mayoría la necesidad de distanciarse de la “violencia ciega”, falta de cualquier tipo de orientación. Las acciones de los sublevados se manifestaron a través de relaciones directas entre ellos (relaciones que la calle extiende más allá de

las preexistentes entre amigos) y una disposición común a realizar una acción concreta. Ya que los grupos que así se forman no tienen oficinas y no publican obras políticas ni disponen de ningún archivo, están condenados a perderse en el anonimato de la historia, y por ello es muy difícil que se recuerden sus acciones. Son los grupos de los “provocadores”, cuya acción es totalmente independiente de la dirección de los partidos políticos, son las bocas que gritan de repente una nueva consigna original, son los elementos que componen el nuevo “sujeto colectivo” de los “encapuchados”. Ninguno de todos estos grupos asume la responsabilidad de sus hechos porque no les interesa sacar algo políticamente; son una presencia repentina que juega un papel dominante en ese momento y que después desaparece. Entre los jóvenes inmigrantes de segunda generación que se encontraban en la revuelta y entre los grupos “antisistema” basados en las relaciones directas entre sus miembros, que operaban en la calle en grupos o pandillas más que como organizaciones políticas, el grupo fue el protagonista indiscutible a nivel organizativo durante los primeros días de la revuelta. La prevalencia del “grupo” como forma de organización tuvo un resultado concreto: por más que la buscara, el Estado no podía encontrar por ninguna parte una organización representativa de los sublevados, y no podía crear una organización semejante que abriera el camino a una dirección ordenada de la revuelta. En todo movimiento reivindicativo existe una organización que expresa también sus límites. Por ejemplo, una huelga con carácter reivindicativo está organizada por un sindicato, o por un sector combativo de los obreros al margen del sindicato, y ambas formas asumen en última instancia el papel de asegurar la vuelta al trabajo (tal vez también contra una minoría que no quiere). En definitiva, una protesta con una demanda determinada está organizada por un partido o espacio político que en un principio toma el papel de dirigirla, es decir, de dirigir el rumbo de la lucha en relación con esa reivindicación específica, y después determina el contenido y el momento de la victoria o la derrota o, lo que es lo mismo, del “final” de la lucha.

En el caso del Diciembre griego, aparecieron, además de las que condenaron abiertamente la revuelta, personas que intentaban convencer al resto de que tan sólo una protesta de carácter político puede dar sus frutos, y esto es algo que no puede conseguirse con la “violencia ciega” que, no obstante y como admite la izquierda, se ha manifestado contra objetivos capitalistas. Por eso, el intento de mediación no tuvo ningún éxito, ya que los mediadores tenían ante sí mismos a unos sublevados que, rechazando su papel, operaban como si no pudieran ya sacar provecho material alguno en el sistema capitalista.

Up against the wall, motherfuckers! Hemos venido para conseguir lo que es nuestro (título de un comunicado)

Como en todas las revueltas proletarias, en Watch (1965), Detroit (1967), Bolonia (1977), Los Ángeles (1992), Albania (1997), Argentina (2001), Francia (2005), Grecia en 2008, etc., los proletarios se apropiaban de todo lo que encontraban a su paso durante el caos de los acontecimientos. Hubo saqueos, especialmente en Atenas, en menor medida en Tesalónica y casi no se registraron en otras ciudades griegas más pequeñas. Esto, junto con la ausencia de reivindicaciones, representó “el gran escándalo” de la revuelta. Los periodistas y los mediadores políticos de todas las tendencias podían –provisionalmente- tolerar y “justificar” los ataques contra la policía y los actos vandálicos, pero se opusieron a los ataques proletarios contra las propiedades privadas. Sin embargo, nada es más natural y espontáneo que una acción que ataca a la alienación de dicha propiedad, sobre todo cuando los medios de comunicación pregonan el consumismo que va a traer la felicidad justo cuando los proletarios se ven privados de los medios para que se cumplan estas promesas.

Los inmigrantes jugaron un papel importante en los saqueos, en los que no participaron sólo ellos. En muchos casos, escolares, universitarios y también personas mayores (griegas) aprovecharon los descuentos del 100% que ofrecía el Estado, incapaz de proteger la propiedad privada. Naturalmente, el Estado y los medios de comunicación rápidamente hicieron distinciones entre los sublevados, es decir, los manifestantes griegos, y los delincuentes extranjeros. Para muchos inmigrantes que viven en Atenas ésta era la manera de participar en la revuelta, ya que encontraron la oportunidad, con la policía totalmente ocupada, de apropiarse de la mercancía de los comercios de su barrio. Por lo menos en dos ocasiones aparecieron así de repente algunos de ellos y robaron en los comercios de una avenida comercial. En otros casos, acontecieron saqueos por detrás de las barricadas en las zonas liberadas provisionalmente de la policía durante los enfrentamientos.

Es importante mencionar que los saqueos en Atenas empezaron justo después del disparo del policía, y en Tesalónica el día siguiente. Los sublevados se apropiaron de muchísimos tipos de mercancía: desde comidas y bienes de primera necesidad (medicamentos, muebles, ropa, combustible) hasta bienes de lujo. Algunos de ellos incluso estaban destinados a ser revendidos. En algunos casos hubo ataques contra los cajeros automáticos, que tenían como objetivo el “dinero caliente”, pero estos no eran exitosos. Algunos “especialistas del crimen” encontraron la oportunidad de atacar de forma organizada joyerías y otros comercios de lujo. En muchos casos, después del saqueo los sublevados destruían las tiendas y la mercancía que aún no habían cogido. Así se entendían sus festejos. Con sus acciones, declararon que si ahora utilizaban esa mercancía, en muchos casos privándola de su valor de intercambio, en el futuro no querían que existieran los comercios. El saqueo, como cada acción comunista que no se generaliza, es también una forma contradictoria de actuar; el golpe que sufre el valor comercial de la mercancía robada es relativo (es decir, que, aun con este robo, la relación de mercado sigue existiendo). Esta relación comercial no desaparece ni con la apropiación de la mercancía ni con su eventual venta. Y en estos casos la revuelta se encuentra con sus límites. Los objetos saqueados no adquieren ninguna utilidad para la relación directa entre los individuos de la sociedad, sino que son valores de uso para cada individuo o sociedad en sí. No sabemos qué pudo pasar entre la comunidad de los inmigrantes. Por supuesto, podemos imaginar que festejaron algunos días sin volver al trabajo, ya que la venta de los objetos “robados” les permitió no tener que ir a trabajar. Por supuesto, podemos imaginar que hicieron fiestas con las carnes y las bebidas “robadas” y con reuniones en las que hacían ruido y gritaban de felicidad por ver partidos de fútbol delante de su “nueva” televisión, sobre una mesa de la que también se apoderaron en los saqueos. De este modo, no estaban obligados a ver estos eventos deportivos en los quioscos de Plaza Victorias. Estas fiestas, sin embargo, tenían que acabar algún día y ellos volver a su vida cotidiana. Hubo casos en los que los “ladrones” se dividieron el “botín” en las calles, pero eso no se generalizó. Estas acciones no procedían de la necesidad de supervivencia, sino que eran expresión de la fiesta que la revuelta provocaba. El saqueo tendrá un carácter liberador tan sólo cuando llegue a su estadio final, es decir, a la apropiación de los bienes saqueados en un contexto sin relaciones capitalistas.

Éstos son los días de Alexis (escrito en un muro)

Lo que cambió la dimensión de la revuelta que se extendió en los barrios de Atenas y en muchas otras ciudades griegas fue el momento en que los jóvenes empezaron a participar en los enfrentamientos, la mañana del lunes 8 de diciembre. En los ataques salvajes contra varias comisarías de policía participaron también muchos escolares hijos de inmigrantes. A causa de la incapacidad del Estado de promover una educación distinta para griegos e inmigrantes que, en muchos casos, están en las mismas clases, y debido a que no se da una exclusión urbana de los inmigrantes (como sí la hay en Francia), esta generación de inmigrantes opera junto a los escolares

griegos, ya que las condiciones de vida de muchos griegos e inmigrantes son muy parecidas. Este hecho explica completamente el motivo de esta presencia común en la revuelta de Diciembre.

Los escolares son quienes más han vivido el asesinato del joven de 15 años como el asesinato de uno de los suyos. Está claro que estos escolares saben muy bien qué futuro les espera. Las declaraciones del abogado que defendía al policía asesino, así como la propia elección (por parte del Estado) de este abogado, son una declaración oficial del Estado, es decir, esta designación está hecha con criterios represivos. El peligro para la vida de cada proletario es una realidad. Los escolares, además de las presiones familiares, viven el esfuerzo cada vez más intenso por parte del Estado de ejercer un control represivo e irracional sobre los mecanismos de elección/exclusión (con la ley contra los encapuchados, los ataques contra las subculturas juveniles y con los continuos controles de la policía en las calles, así como una serie de leyes o propuestas de leyes educativas, como el acceso a la universidad tan sólo en el supuesto de tener una nota mínima muy alta, y la propuesta de obligatoriedad del servicio militar a los 18 años). El movimiento estudiantil de 2006/2007 y la huelga de seis semanas de los maestros representan las más modernas expresiones de agitación social en el campo de la educación. El resultado de todo eso fue la ocupación de los centros escolares según las condiciones y las características de 2006, y muchas veces estas ocupaciones no iban acompañadas de reivindicaciones particulares: los escolares demuestran que no les gusta serlo y con las ocupaciones el año lectivo se reduce indirectamente. En concreto, el papel de los estudiantes en la revuelta fue el de anunciar que la crisis de la reproducción del sistema capitalista ya era una realidad; los estudiantes griegos, independientemente de su procedencia social, están convencidos de que las condiciones de su vida serán peores que las de sus padres. Los futuros trabajadores/desempleados, sabiendo que están destinados a ser tratados como mercancía, rechazan en la revuelta su actual papel de estudiantes.

Durante los primeros días de la revuelta, los escolares se movían en grupos por el centro y en los barrios de las ciudades, buscando precisamente a la policía. Cuando la encontraban, la atacaban hasta que se cansaban. Permanecían con coraje a poquísima distancia de los policías, corriendo el riesgo de ser detenidos o apaleados. Eran absolutamente incontrolables. La ausencia de reivindicaciones se manifestó en la furia destructiva contra las comisarías, una acción que muestra un avance en relación a la ocupación de los centros educativos. Tal vez, la combinación de la total ausencia de demandas y la intensificación de la violencia contra el Estado durante los primeros días de la revuelta, sean el motivo por el que no se generalizaron después las ocupaciones de los institutos. Como su acción se limitó a eso y no se generalizó, y ese impulso perdió poco a poco su fuerza, era difícil volver a ocupar los institutos, después de lo ocurrido fuera de los centros escolares.

Éstos son también nuestros días (frase de un comunicado de inmigrantes albaneses)

La acción conjunta revolucionaria de proletarios precarios griegos e inmigrantes, a quienes el capital impone una precariedad de vida en los términos más crueles, superó las divisiones de nacionalidad, raza y religión que habían aparecido en Francia en 2005/2006 y representa una evolución de importancia histórica. La primera generación de inmigrantes procedentes de los países balcánicos que llegaron a Grecia a comienzos de los noventa no participó en la revuelta. En general, estos inmigrantes están integrados de algún modo en la sociedad griega. El papel que tenían que jugar era por un lado el de contribuir al “Estado social” (asumían parte de los trabajos de reproducción, como cuidar niños o ancianos a cambio de salarios muy bajos) en el momento en que el capital atacaba a los salarios directo e indirecto del proletariado griego y, por otro lado, representar, con sus sueldos de miseria, un arma de presión para toda la clase obrera de Grecia.

Ellos, en su mayoría, se encuentran en la economía sumergida, que les asegura un mínimo de supervivencia y, tal vez, mejores condiciones de vida que las de sus países de origen. Sus hijos, al contrario, que han iniciado sus vidas en Grecia, viven en un callejón sin salida, ya que su vida puede ser, en el mejor de los casos, parecida a la de sus padres, algo que representa un motivo de rebelión para esta generación. Estos jóvenes inmigrantes van al colegio y aunque, como escribimos arriba, no están completamente discriminados de los demás escolares, viven el racismo y el desprecio y saben que para ellos es imposible ascender socialmente. Además de la participación de jóvenes inmigrantes de los países balcánicos en las manifestaciones violentas de los escolares en los barrios de Atenas y Tesalónica, grupos de escolares inmigrantes bajaron también a las manifestaciones centrales del 8 de diciembre. Con sus acciones demostraron que no tenían especiales ganas de enfrentarse a la policía. Su objetivo eran principalmente los bancos y los edificios públicos, mientras que algunos de ellos no perdieron la oportunidad de saquear comercios.

En Atenas participaron en los enfrentamientos también los inmigrantes más miserables, que viven en los barrios-gueto del centro, los innumerables afganos, paquistaníes y africanos que sufren la exclusión social. Estos proletarios participaron en los choques que se dieron en el centro, en los alrededores de sus barrios durante los primeros días de la revuelta y saquearon muchos comercios en cuanto tuvieron ocasión. También participaron en el ataque a la comisaría de Plaza Omonia (de la cual se han conocido numerosos casos de maltratos a inmigrantes). Naturalmente, la coordinación de los diversos sectores del proletariado y sus acciones no era siempre armónica.

Desde el primer día, unos cuantos inmigrantes fueron golpeados cuando intentaban saquear los comercios, así como durante la ocupación de la Escuela Politécnica de Atenas, en la que participaron muchos inmigrantes tras el estallido de los primeros días. El enfrentamiento entre algunos anarquistas y los inmigrantes era bastante fuerte. No podemos pasar por alto que en algunos casos el rechazo a los saqueos se daba en el momento de los choques con la policía, ya que algunos de los que participaban en los saqueos no contribuían a mantener vivos estos choques, y por eso podían coger todo lo que cogían. Algunos de los que participaban en los enfrentamientos, en lugar de coger la mercancía, la echaban al fuego con la intención de mostrar qué utilidad tenía en aquel momento. Por otro lado, por supuesto, este rechazo de los saqueos se produjo sin relación con los enfrentamientos con la policía. Por ejemplo, el 8 de diciembre estos anarquistas que se enfadaron con los “ladrones”, en lugar de ayudarles a apropiarse de la mercancía que les hiciera falta, defendían la “corrección política” de los hechos, es decir, pensaban y actuaban preocupándose de la imagen que tendrían tras la finalización de la revuelta.

La respuesta del Estado a la participación de los inmigrantes en la sublevación fue la de siempre: aumento de la represión, expulsiones, proyectos de creación de campos de concentración, etc. Asimismo, el flujo migratorio aumenta (cada vez más) y el Estado griego se encuentra con multitudes de proletarios que pasan por Grecia obligatoriamente a causa de su situación geográfica. La combinación entre la situación asfixiante en la que se encuentran los “sin papeles” y la expresión de su participación en la revuelta jugará un gran papel en la formación de las luchas de clase en Grecia en un futuro inmediato.

Asamblea General de los Obreros Sublevados

La ocupación del edificio de la GSEE expresó de forma contradictoria la potencia y el límite de la revuelta. Pese a que al principio fue iniciativa de sindicalistas de base (la agrupación de base de mensajeros jugó un papel protagonista), que en este estado de agitación social vieron la oportunidad de fortalecer sus sindicatos recurriendo a una acción “espectacular”, la ocupación expresó la necesidad de los proletarios de que la revuelta llegara a los lugares de trabajo. Esta necesidad se manifestó los días anteriores con la ocupación de ayuntamientos y de otros edificios públicos en los distintos barrios y distritos de las grandes ciudades, así como en algunas ciudades más

pequeñas de Grecia.

Desde el comienzo de la ocupación del edificio de la GSEE, además de los sindicalistas de base hubo una tendencia radical de proletarios con “trabajo precario” y con “trabajo estable”, que consideraban esta ocupación como el único modo que quedaba para que al sector productivo también le afectase la revuelta, puesto que no se había producido ninguna huelga importante después del 10 de diciembre que pudiera haber llevado a algo parecido. Naturalmente, las dos tendencias atacaban a la burocracia sindical que representa a los trabajadores en Grecia (GSEE), pero su lucha se tenía en común tan sólo este punto. En relación al contenido de la revuelta, quienes promovían el sindicalismo autónomo hicieron lo posible por que la ocupación del sindicato tuviera un carácter y una identidad obrera, y trataron (sin éxito) de desprestigiar a los sublevados que no trabajaban y que participaban en esta acción. Se consiguió llegar a un acuerdo entre estas dos tendencias con el nombre que se le dio a la ocupación: “Asamblea General de los Obreros Sublevados”.

La propia ocupación de la sede de la GSEE –del mismo modo que las contradicciones que surgieron en las ocupaciones de los barrios- evidenció la imposibilidad de expandir la revuelta. Unos miles de trabajadores y desempleados pasaron por el edificio ocupado de la GSEE, mientras que más de quinientas personas participaron en las asambleas de la ocupación. Por tanto, en ningún caso podemos decir que una parte de estos proletarios participó en esta acción aunque propusieran acciones específicas en lugares de trabajo. La presencia de los que pasaban por ahí era más de investigación, y no actuaban directamente en un proceso que muchos de ellos consideraban como sindical, es decir, como un debate sobre posibles reivindicaciones de la clase obrera y sus formas de llevarlo adelante. Pero como en esa ocupación no se formulaban demandas (más allá de la liberación de los presos que habían participado en la revuelta), esa contradicción llevó en muchos casos del debate al caos. Tampoco las intervenciones en lugares de trabajo, que finalmente se organizaron (en un call-center y en una empresa de encuestas) pudieron lograr su objetivo, es decir, el bloqueo de la producción. La ocupación de la GSEE duró cinco días. Algunos sindicalistas de base intentaron desde el segundo día impedir que la ocupación continuara, contra la voluntad de la mayoría de los ocupantes, que querían seguir sin ningún objetivo sindical o reivindicativo. Es importante decir que en este enfrentamiento hubo muchos compañeros –que son también sindicalistas de base- a favor de una acción antisindical a fin de que continuara la ocupación sin reivindicaciones y permanecer firmes en sus posiciones. Este hecho demuestra dos cosas: en primer lugar, que en momentos históricos cruciales se anula prácticamente la definición absoluta de las tendencias del movimiento en relación a identidades políticas y, en segundo lugar, que estas tendencias, dado que nos encontramos en el estadio inicial del sindicalismo de base, no constituyen polos unitarios en el movimiento. Como se trata de un enfrentamiento real que aparecerá con mayor intensidad en el futuro, tiene más importancia su existencia que el nivel de unidad de estas dos tendencias enfrentadas. El último día de la ocupación se realizó el primer acto de solidaridad con los presos de la revuelta. A partir de este punto, en Atenas pasamos a la fase de los actos pos-revolucionarios, ya que la “Asamblea en solidaridad con los presos de la revuelta”, que duró dos meses y medio aproximadamente, surgió por iniciativa de cientos de participantes en la ocupación de la GSEE. El otro acto pos-revolucionario muy importante en Atenas, que surgió después del intento de asesinato de Konstantina Kouneva, tiene también relación con la ocupación del sindicato, ya que la mayoría de los participantes se encontraba en dicha ocupación. La coexistencia de dos tendencias contrastadas (la sindicalista de base y la antisindical) apareció de forma aún más evidente en dicha ocupación. En las ocupaciones de los centros obreros que sucedieron después en Patras, Tesalónica y otras ciudades más pequeñas, prevaleció la tendencia sindical; algo inevitable tras la revuelta.

A la violencia del poder se responde con violencia (antigua consigna)

En las manifestaciones de diciembre participaron muchos más proletarios que en los movimientos sociales del pasado. En las condiciones históricas de la revuelta, las armas que se utilizan directamente son autofabricadas y generalmente se utilizan materiales que las personas encuentran a su alrededor y cuyo uso transforman. La piedra es una parte de la calle, y realmente es la calle la que escribe la historia. Los ataques que desde el primer día de la revuelta recibieron los policías desde los balcones de los edificios, el agua, las maderas y los objetos que cayeron desde arriba sobre su cabeza expresaron un nivel más alto de socialización de la violencia proletaria. Los choques con la policía que sucedieron durante la revuelta eran expresión del odio y de la rabia contra el símbolo más evidente de la realidad, y no sólo contra “potenciales asesinos de chavales”. La forma del Estado actual que corresponde a las actuales relaciones de clase es su forma represiva, representada por la policía. Esto sucede porque históricamente se ha hecho particularmente difícil para el Estado jugar el papel de entidad encargada de la reproducción social en términos no represivos. El actual Estado de seguridad está destinado a ejercer una función específica de reproducción social que se manifiesta con la represión, con el esfuerzo violento de imponer la generalización de una situación aún peor que aquella en la que se encuentra hoy el que tiene salario fijo. Se trata de una imposición y de una gestión de la condición del innumerable proletariado, de quien se encuentra continuamente en la frontera entre empleo y desempleo, entre futuro y callejón sin salida, entre vida social en el trabajo y caos fuera de él. La clase obrera no se coloca automáticamente en la posición que le exige la más extensa reproducción del capital: debe ser reprimida. La violencia social, su nivel y su contenido son expresión siempre de la situación actual de la lucha de clases. Una huelga que bloquee la producción, o una marcha que paralice el movimiento de mercancías, o una ocupación universitaria realizada por una parte del estudiantado no son “protestas pacíficas”. Esta definición que da el Estado expresa simplemente la correlación de fuerzas en una guerra real que vivimos cada día, es decir, la guerra de clase. Cuando el Estado habla de “acciones pacíficas” se refiere a las que para él son tolerables. El nivel de tolerancia de un Estado se mide según el nivel de violencia de la represión que de cualquier forma ejerce contra cada movimiento social. El nivel de tolerancia hacia determinadas acciones proletarias es la otra cara del miedo frente a otras acciones que desestabilizan más el espíritu de dominación del capital. Así pues, en la fase histórica actual, en el momento en que las ciudades se incendian, una marcha sin reivindicaciones es llamada “pacífica” cuando existe el peligro de una agitación social generalizada. Una huelga de un determinado sector profesional es para el capital un paraíso. Esta situación depende de muchos parámetros de la lucha de clases.

En el pasado vivimos muchas veces los ataques de la policía y no hacía falta recurrir a la violencia ni siquiera como excusa para reprimir las protestas. Hemos visto a la policía atacar a los maestros que no tienen ni las armas que puede ofrecer la calle, pegar a los jubilados con nada más que rosquillas en sus manos, así como a gente que pasaba por ahí y que con tan sólo su presencia, refuerza acciones sociales de la calle que el Estado tiene que marginar.

Por otro lado, es evidente que una marcha (como las del KKE, el partido comunista griego) que reniega de la violencia social e intenta protegerse de ella, reniega también de su oportunidad histórica de imponerse como fuerza de confrontación social y, de esta forma, colabora con la policía. Y si en los actos del KKE la colaboración con la policía es “suficiente pero no directa”, los actos en los que, lamentablemente, participaron algunos escolares (unas protestas en patio del congreso griego con distribución de flores a los policías y sin hacer ningún bloqueo) eran una “insuficiente pero directa colaboración con la policía”.

En el campo de los grupos “antisistema”, a causa de su familiaridad con los enfrentamientos violentos con la policía, se ha difundido bastante el punto de vista de que la cuestión es implantar la violencia de la calle en los movimientos sociales por medio de actos ejemplares. Por tanto, en el

caso concreto de la Revuelta de Diciembre, la violencia fue utilizada con una facilidad nunca antes vista. El problema de estos grupos violentos no se afrontó en realidad cuando los que los encabezaban se juntaron en la calle, sino que sólo tuvieron la sensación de que durante la revuelta la situación se les había escapado de las manos. Como dijo un compañero en una asamblea popular: “Todos sabían que la situación requería el uso de lacrimógenos”. No hacía falta promover tanta violencia; ya estaba en el ambiente. Naturalmente, siempre existen minorías proletarias radicales en las luchas sociales, pero históricamente cada acción de estas minorías se transforma en una acción mayoritaria en una lucha social cuya razón de ser deriva de sus propias necesidades. Si esta acción no se generaliza, es marginada y tiende a ser como un cuerpo extraño a este nivel de la lucha. Cuando la revuelta pierde impulso, se evidencia la distancia entre las acciones políticas violentas de los grupos radicales y la vuelta del movimiento social a la normalidad. Para algunos grupos radicales, sus medios tienen que imponerse como un fin aunque no se identifiquen con las necesidades del movimiento social. La lógica de la revolución “siempre y en todas partes” no tiene carácter histórico, del mismo modo que la lógica de una vanguardia revolucionaria que desprecia la idea de que sea el proletariado quien escriba la historia y no las vanguardias. Estas acciones suceden con mayor frecuencia después de diciembre, y tienden a ser una forma normal de expresión. Sin embargo, la generalización de la política de represión demuestra que el capital asume su forma cuando hay enfrentamientos, y por eso al Estado le conviene limitar estas agitaciones al barrio-gueto de Exárjia, para así determinar cuál es el campo de batalla dentro de la ciudad, quiénes los actores y cuál el contenido del enfrentamiento. Por supuesto, los límites de la dimensión socio-política de los grupos “antisistema”, muchas veces no se distinguen, inevitablemente. Los ataques de jóvenes y grupos proletarios contra los policías que patrullan el barrio de Exárjia son la expresión de una “guerra de baja intensidad” que se da entre el Estado y sectores de la juventud. Por tanto, estas acciones muchas veces se confunden con la “perspectiva revolucionaria” y tienden a delinarse como episodios marginales de venganza contra la policía por parte de anarquistas/grupos antisistema.

Quienes recurren a la violencia con la intención de propagar –la mayoría de las veces- la propia acción violenta o de ejercer una presión, los especialistas de la violencia, nunca se distancian del leninismo, pues identifican la acción violenta del proletariado (al que pertenecen) con su actividad, y no importa saber si su organización tiene estructura horizontal o vertical. En conclusión, en relación a los grupos radicales (más o menos oficiales) se pone sobre la mesa necesariamente el problema del contenido de sus acciones violentas: si su objetivo es dar un golpe al prestigio de la policía, en este caso es suficiente con que los “señores” de la violencia social se armen y enfrenten a ella. Pero si la revolución es la creación de nuevas relaciones que derivan de la destrucción de las viejas, en este caso tan sólo la continuación de la lucha social –siempre que sea históricamente posible- puede crear las condiciones de superación del capitalismo. los choques violentos con la policía no son en sí acciones revolucionarias, como por supuesto ninguna otra actividad es en su naturaleza revolucionaria. Estos grupos, por muy radicales y combativos que sean, no pueden ser revolucionarios si se limitan a levantar barricadas o a ocupar edificios y su acción no se difunde en el espacio y el tiempo. La revolución es “la clase que deja de ser clase mediante su enfrentamiento con el capital”. Su contrario (es decir, una acción delineada dentro de unos límites específicos) es el resultado de los supuestos actos “ejemplares” como el del grupo Lucha Revolucionaria y otras organizaciones que aspiran a ser la vanguardia armada del movimiento. Tras el ataque del grupo Lucha Revolucionaria del 23 de diciembre desde el tejado de un local en el que se reunían estudiantes de grupos anticapitalistas, y en especial tras el ataque del 5 de enero en Exárjia, los actos violentos asumieron un contenido completamente extraño al que había caracterizado a la revuelta de diciembre. La acción militar –que nunca dejó en segundo plano a la vasta rebelión proletaria, sino que se puso en el mismo plano-, aunque pueda ser eficaz a ese nivel, a nivel social es del todo inútil. Esto se debe a que no representa a nadie, sino a sus autores, y lo único que puede hacer es crear “espectadores” sin ninguna relación ni con la forma ni con el contenido de la gran sublevación proletaria de diciembre. Las vanguardias armadas no contribuyen en nada al movimiento: cuando tengan razón sobre el nivel de violencia que debe ser utilizado... ¡Lo sabrán

todos! De igual modo, algunos sectores de la izquierda extraparlamentaria salieron al paso intentado de forma muy oportunista sacar provecho de lo que quedaba de “plusvalía política” de la revuelta. También el grupo Lucha Revolucionaria intentó aprovechar políticamente el reflujo de la revuelta. Este grupo, con su programa político propio, utilizó las armas de la política para propagar su política (de las armas, se supone). Sólo la continuación y la difusión de la lucha proletaria hasta que los proletarios tengan que armarse para defender la lucha y su propia vida representan la condición que pondrá las armas al proletariado; y no la agitación de unos dirigentes armados.

Ni fascismo, ni democracia; abajo el Estado, viva la Anarquía, o el papel contradictorio de los grupos “antisistema” en la revuelta

Los grupos “antisistema” griegos fueron presentados en el extranjero –especialmente por parte de los medios de comunicación alternativos- como la vanguardia de la revuelta de diciembre. Es cierto que la contribución de alguno de estos grupos (más o menos organizados) a la formación de la revuelta fue muy importante, ya que sus consignas contra la represión del Estado y su familiaridad con las acciones violentas fueron puestas en práctica justo tras el asesinato del joven, que ocurrió en el barrio de Exárjia, es decir, el barrio de los anarquistas de Atenas. Pero en ningún caso podemos decir que “los anarquistas han hecho la revuelta”, ni que ellos representasen numéricamente el sector más importante en los enfrentamientos y las acciones destructoras que tuvieron lugar desde el 7 hasta el 10 de diciembre. Por eso se dio también la tendencia que proponía la “superación de todas las vanguardias”, expresada en todas las asambleas realizadas los días siguientes. Pero este punto de vista dejó de existir desde mediados de enero, cuando las vanguardias de todas las tendencias procuraban evidenciar su contribución a los acontecimientos de diciembre.

Una de las acciones más importantes por estos grupos fue la ocupación de las universidades del centro de Atenas y Tesalónica. En Atenas, desde las facultades ocupadas partieron iniciativas como el bloqueo del metro o ataques contra la policía y los edificios estatales. La ocupación de universidades para estos grupos es una práctica muy habitual, utilizada también en 1985 durante las agitaciones a causa del asesinato de Michalis Kaltezas. Por tanto, en diciembre de 2008 estas acciones se propagaron a otras ciudades griegas, aunque con una fuerza menor y un carácter más esporádico. Una diferencia importante en relación al pasado histórico de estos grupos la representaron las ocupaciones de ayuntamientos y otros edificios públicos, especialmente en zonas donde había locales donde se reunían integrantes de estos grupos, u ocupaciones realizadas por ellos mismos. Los objetivos fundamentales de estas ocupaciones eran la continuación y la extensión de la revuelta, así como satisfacer la necesidad de la “contrainformación” y de expresión de solidaridad con los presos.

Los actos de solidaridad y las manifestaciones locales (algunas de ellas muy violentas) comenzaron con la ocupación de los edificios públicos de los barrios. La ideología de algunos sectores de estos grupos muy activos en los acontecimientos de diciembre de 2008 hizo que se diera una importancia especial a las asambleas populares como parte de un programa político de democracia directa. Las asambleas se presentan como una forma absoluta de autoorganización, es decir, una acción decidida por los participantes en la asamblea, al margen de las mediaciones de instituciones oficiales de cualquier tipo, así como de grupos políticos que puedan participar en las asambleas que aparecen como el triunfo de la voluntad general, de la concordancia de ideas, de las contraposiciones que dan sus frutos, como si fueran el único lugar donde es natural que el movimiento tome decisiones sobre las acciones a realizar. Y así, en realidad, existen actividades con un contenido específico; los actos violentos sin reivindicaciones, como el bloqueo de la producción, el ataque a los medios de

producción, el sabotaje de las redes de distribución o la destrucción de las infraestructuras, que realmente no se deciden en una asamblea con un proceso de democracia directa, aunque su realización pueda aparecer como decisión de la asamblea. En el caso de que en una asamblea se decida poner en marcha una acción revolucionaria, esto sucede porque los participantes han llegado a esa decisión tras largas discusiones/acuerdos entre ellos que tienen lugar antes de la asamblea. Cuando el movimiento no tenga carácter reivindicativo, lo que puede ocurrir en una asamblea es que se confirme una decisión anteriormente tomada, o bloquear una acción previamente propuesta. La actividad autoorganizativa de las asambleas se combina con la presencia de demandas. La autoorganización o la democracia directa obrera es un medio que puede reforzar la posición del proletariado en una relación de carácter capitalista, y para conseguir este fin no existe mejor medio. Esto se ve actualmente en las acciones organizadas para resolver los problemas locales de todo tipo y/o en las acciones de los comités de base.

En la revuelta, como hemos subrayado desde el comienzo, participó sólo una parte muy minoritaria del proletariado. La evolución histórica, que no es algo distinto a la lucha de clases, nunca es el resultado de la autoridad de la mayoría. La noche del sábado 6 de diciembre, tuvieron lugar en Atenas y Tesalónica grandes asambleas de una parte socialmente amplia de los grupos “antisistema”, pero en esas asambleas nunca se tomó la decisión de organizar una sublevación. Los escolares atacaron las comisarías, poniendo en práctica la decisión que ya se había tomado antes sin que hubiera un debate democrático. El lunes 8 de diciembre en ninguna asamblea se había decidido nada acerca de la destrucción de los comercios o de los edificios estatales, y naturalmente los proletarios no habían discutido acerca de los saqueos; lo hicieron de común acuerdo. Aún más interesante es, probablemente, el caso de la ocupación de la sede de la GSEE: el porcentaje de los que habían decidido ocupar el edificio era tan bajo que era evidente que antes no se había concordado nada democráticamente. Del mismo modo, en la asamblea en la que “se decidió” la ocupación del sindicato no se habló realmente de la necesidad de llevar a cabo esta acción. Esta decisión había sido tomada antes y salió como necesidad común de los proletarios que luchaban juntos los primeros días de la revuelta, así como era una expresión de las relaciones que antes se habían creado (con todas sus contradicciones). Es relevante que se acogiera a lo que había dispuesto la asamblea cada vez que un sector del movimiento necesitaba una excusa para no tomar parte en una acción: en la marcha por el barrio ateniense de San Demetrio el 12 de diciembre, una parte de los manifestantes que no quería atacar la comisaría junto a los escolares se acogió al hecho de que no era una decisión tomada en asamblea. En el caso de la ocupación de la sede de la GSEE, cuando la tendencia prosindical no estaba de acuerdo con una acción o una propuesta, se acogía a lo que había establecido la asamblea preparatoria, afirmando que allí no se había decidido poner en marcha semejante acción. Las decisiones de la asamblea, de este modo, aparecen como motivo para realizar una acción proletaria y para que prosiga, pero también pueden ponerle fin o limitarla. Las decisiones de la asamblea no tienen la facultad de permitir o no una acción; son sólo una forma para dar un contenido diferente a la acción proletaria.

Las asambleas populares como reuniones espontáneas de individuos representaron, por un lado, la superación de una forma de comunicación que previamente utilizaban las personas y, por otro lado, tan sólo procesos democráticos: cuando la revuelta ya era una realidad y las ocupaciones de los edificios, una acción antidemocrática propia de esta sublevación, ya llegaban a los barrios, la mediación de la asamblea se presentó como necesaria para que las acciones revolucionarias de la calle se difundieran en los mismos barrios. El hecho de que las ocupaciones hubieran sido realizadas en edificios de la administración del Estado y no en otros centros de trabajo ya demostraba que el Estado había vuelto a representar un límite para la revuelta. En las asambleas también participaron personas que no habían participado en los acontecimientos de la calle los días anteriores; una parte de la clase obrera que no se había rebelado pero que sintió “la necesidad de comunicarse con los sublevados”. También hubo en algunos casos personas contrarias a la revuelta: sobre todo elementos pequeño-burgueses provenientes de cada barrio, preocupados por una posible extensión de la revuelta en sus barrios, y que veían que en un proceso democrático hay lugar

también para sus puntos de vista. Por un lado, en estas asambleas (al menos al comienzo) participó más gente y, por otro lado, está claro que esta composición social tan variada sólo podía retardar las acciones. En realidad, hubo discusiones y enfrentamientos y, finalmente, al terminar la revuelta, las asambleas se transformaron en un instrumento de lucha por “problemas locales”. Con las asambleas populares se realizó una crítica democrática a la democracia: “La democracia que tenemos no es suficiente; hace falta más”. La revuelta, como cada movimiento proletario hasta la fecha, trajo consigo sus límites: por un lado, el Estado y, por otro, el sindicalismo, que viene a recoger los frutos que la revuelta ha dado y a aprovecharse de su acción.

¡Canallas! Los días de vuestro modelo de sociedad están contados y no encontramos ni rastro de la felicidad y los derechos que nos pertenecían (frase de un comunicado)

La economía griega en general se encontraba en una fase de desaceleración desde 2008, y entró en recesión a partir de 2009. La imagen general que ofrecía la desaceleración económica no dejaba transparentar que sobre todo en los sectores en los que se basa la reproducción del capital griego, la recesión ya existía desde 2008: el sector de la construcción sufrió una contracción del 9,4% en 2008, mientras que el sector manufacturero, en recesión desde 2005, sufrió una contracción del 4% en 2007/2008. El turismo era el único de los sectores con muchos trabajadores que sólo sufrió una contracción en el cuarto trimestre de 2008, pero la crisis internacional ya había ejercido una gran presión sobre los trabajadores de este sector. La situación de estos tres sectores profesionales no puede ser equiparada a la del sector económico-financiero, que concentra tan sólo al 2,6% de los trabajadores. Las leyes sobre las relaciones laborales que el Estado griego aprobó los últimos años, y las tres propuestas de ley sobre el sistema de jubilación, que han sido rechazadas durante los últimos 15 años, han afectado a los trabajadores de la administración del Estado y de la enseñanza pública –el 15% de los trabajadores de Grecia-. El hecho de que el índice de consumo sufriera un bajón en 2008 –en relación a 2007- demuestra que el proletariado griego –especialmente los precarios- ya sufría las consecuencias de la crisis de reproducción desde 2008 y sabía muy bien qué futuro le esperaba.

El proceso de reorganización del capital, que comenzó en el mundo occidental a mediados de los 70 y en los años 80 en Grecia, ha fragmentado a la clase trabajadora, y por ello la lucha de clases no puede ser caracterizada por esta fragmentación. Las mismas armas que el capital utilizó en su proceso de reorganización se dirigen ahora contra el mismo capital; las derrotas de las luchas reivindicativas de los últimos 15 años en Grecia y la consecuente degradación del nivel de vida de una gran parte del proletariado tuvieron como resultado la revuelta de diciembre de 2008. La represión, como forma (errónea) de gestión de las nuevas generaciones de proletarios, el nivel de precariedad de la vida, el masivo flujo de inmigrantes y su utilización como chivos expiatorios para culparlos de la ulterior degradación y flexibilidad de las relaciones laborales, fueron cuestionados y perdieron su cauce de legalidad a partir del asesinato del adolescente, el 6 de diciembre de 2008.

El límite de la revuelta fue que no se extendió a los centros de trabajo, y por tanto no se produjo el bloqueo del proceso productivo (y la violenta reacción del Estado que éste habría provocado). Esto tiene que ver con la composición de los participantes. El final de una revuelta no se puede deber a errores tácticos. En la sublevación participaron tan sólo unos pocos trabajadores con puesto fijo. ¿Cómo iba a verse afectado el proceso productivo si la mayoría de los participantes en la revuelta están en la frontera entre empleo y desempleo, o ni siquiera han entrado al mercado laboral? La

conexión entre estos dos sectores durante la huelga general del 10 de diciembre no tuvo éxito, y en primer lugar esto demostró que actualmente no es posible que la revuelta se generalice. Del mismo modo, las luchas organizadas por un importante sector de trabajadores “con puesto fijo” contra la reorganización del sistema de jubilación demostraron que aún parece difícil que de una huelga general (en la que participan sobre todo trabajadores fijos) se produzca una revuelta generalizada en la que se manifiesten sobre todo los intereses de una clase que aún se siente “obrero” y se defiende, es decir, que siente que aún tiene algo que perder.

Lo que pasó en Grecia después de diciembre evidencia aún más los motivos por los que no se pudo generalizar la revuelta en aquel momento histórico concreto de la lucha de clases. En todos los sectores productivos en los que los mayores de edad tienen ya “trabajo fijo” y los más jóvenes entran al mercado laboral a través de “las nuevas relaciones laborales” surgen entre ellos conflictos que en algunos casos llegan incluso a enfrentamientos violentos. En un periodo en que se agudiza la crisis del capitalismo y los puestos de trabajo que el capital ofrece se reducen, surge necesariamente una fuerte competencia entre los proletarios para hacerse con esos puestos. Como dijimos antes, en las ocupaciones de la GSEE y de los centros de trabajo se manifestó una nueva corriente (al menos, nueva en Grecia), es decir, el sindicalismo de base, que empezó a surgir de una manera parecida a como ocurrió en Francia, Bélgica y Reino Unido. Pero el problema es que los capitalistas utilizan esta misma crisis para promover aún más el trabajo flexible y el ataque contra la reproducción de los proletarios y, por consiguiente, es imposible que estos esfuerzos de los sindicalistas se manifiesten en el límite entre legalidad e ilegalidad y den sus frutos para todos los trabajadores que participan en este proceso: los elementos que tenemos a disposición hasta la fecha demuestran, y es verdad que estamos en un estado aún inicial de esta evolución, que el resultado de las luchas sindicales actuales es una división ulterior entre los mismos trabajadores precarios, además de la que ya existe entre trabajadores con puesto fijo y precarios. Por supuesto, siempre existe la posibilidad de que la movilización de los precarios cree fracturas en los sindicatos de los trabajadores estables y que las minorías radicales encuentren la oportunidad de liberarse finalmente de la forma de acción que necesariamente se reproduce en su agrupación. ¿Podría, en estos términos, la lucha sindical conseguir resultados? Es dudoso, pues no es una cuestión de correlación ocasional de fuerzas el hecho de que el capital no vuelva a la estrategia socialdemócrata, sino que se trata de una cuestión histórica, es decir, es el resultado de la gran cantidad de luchas de clase del pasado y de la reorganización-contrarrevolución del capital tras el periodo de las grandes luchas de los años 60-70. Tampoco es una cuestión de la forma de organización de las luchas reivindicativas lo que decidirá su éxito o fracaso –ya desde los años 60-70 la autoorganización de las luchas sindicales prevaleció por lo menos en los enfrentamientos más agresivos-. En Occidente las luchas de clases desde el periodo de la reorganización del capital son esencialmente de dos tipos: luchas de sectores afectados por el cambio en la composición de clase que acomete el capital y que se defienden contra ello (la mayor parte de las luchas) y luchas de sectores de la sociedad que viven las nuevas relaciones laborales, entran en ellas y tienen demandas que difícilmente pueden ser satisfechas, ya que no tienen un carácter defensivo, sino que buscan un retorno al pasado o directamente no reivindican nada. Está claro que pasamos por un periodo histórico crucial en el que la perspectiva de destrucción del capital (pero también la de su dominación aún más profunda) está ante nosotros. En la revuelta de diciembre pareció también que la precariedad de la vida de la clase obrera no es sólo un arma del capital, sino que también se dirige contra él. En el futuro, esta tendencia seguirá siendo una estrategia del capital. Lo que sucederá, posiblemente, es que las luchas sindicales continuarán, se intensificarán y asumirán características cada vez más violentas, dado que éste es el único modo de que los proletarios reivindiquen la continuación de su vida como proletarios, ya que (su vida) estará expuestas a peligros cada vez mayores. Un ejemplo es el reciente fenómeno de los secuestros de empresarios que ha aparecido en Francia, sobre todo en casos de movilizaciones de trabajadores que exigen indemnizaciones más altas por el cierre de sus fábricas. Las formas de organización de las luchas sindicales –ahora como en el pasado- serán juzgadas por los resultados aportados. De este modo, posiblemente, veremos en fase de crisis a las agrupaciones de base que surgen ahora. Pero el sindicalismo también es contenido, y no tan sólo forma, y las

luchas que podrán desarrollarse en el futuro sin la mediación de ninguna clase de sindicatos de base tendrán carácter sindical si tienen demandas que reivindicar, es decir, si reivindicar una mejor posición para los proletarios dentro de las relaciones capitalistas. De todas formas, las luchas sindicales fracasarán en el supuesto de que sea imposible llegar a regular relaciones de clase alternativas a la tendencia de acumulación capitalista que prevalece en este mundo. Esto no quiere decir que subestimemos ninguna de las luchas del proletariado. Si la crítica contra el capital tiene carácter histórico y está hecha desde el punto de vista de su destrucción, no podemos teorizar la revolución como el continuo fortalecimiento y la cada vez más autónoma expresión de las luchas sindicales. Los motivos por los que el capital no está en condiciones de satisfacer las demandas sindicales tienen carácter histórico y se relacionan con la dialéctica entre el contenido de las luchas del proletariado en el pasado y las contrarrevoluciones-reorganizaciones del capital. La historia no puede siempre estar pendiente de algo; la historia es la lucha de las clases, es decir, el conflicto entre las clases y la creación de una nueva forma de relaciones sociales, que es el resultado de todo este proceso y la fractura con el contenido de este conflicto. Naturalmente, hay divergencias en relación a la evolución del capital en las distintas partes del planeta, pero la tendencia a la convergencia en este momento histórico se ha acelerado. Actualmente, a causa de la crisis del capitalismo, se acelerará aún más. Las distintas formas de reacción del proletariado a lo largo y ancho del mundo componen la imagen aún contradictoria de la lucha de clases, pero la revolución será a nivel mundial o no será.

Todo esto no significa que creamos que haya que esperar pasivamente el curso de los acontecimientos (nosotros también tomamos parte de las luchas reivindicativas que pensamos que nos afectan directamente), y tampoco significa que el proletariado esté obligado a recurrir a la revolución porque el resto de métodos de lucha no hayan dado resultado. Todas las luchas de reivindicación –dentro de su combatividad y sobre todo de su fracaso- son las que llevarán a la crisis del sindicalismo y a la oportunidad histórica de una fractura con el sindicalismo, es decir, a la oportunidad de la superación histórica del capitalismo. Son estas luchas las que, dentro de sus contradicciones, expondrán el problema de dar un salto cualitativo, pasando de una reivindicación para una mejor posición en el sistema capitalista, a la destrucción del capital. Esencialmente, el problema de la identificación de la reivindicación de la misma reproducción con la superación del capitalismo. analizando las luchas de clase, vemos dos cosas: por un lado, las luchas reivindicativas son cada vez más violentas y desesperadas y, por otro lado, las luchas sin demandas son cada vez más frecuentes. Vemos que en algunos casos los trabajadores despedidos destrozan las fábricas donde antes trabajaban, que las huelgas se desarrollan independientemente de la perspectiva de satisfacción de las demandas y, sobre todo, vemos la expresión del movimiento en Francia en 2005/06 y en Grecia en diciembre de 2008.

Tal vez en el futuro la fractura que produce la lucha sin demandas pueda ser más amplia. Tal vez la dinámica de la lucha de clases y la dialéctica entre reivindicación y destrucción lleve la lucha de diversos sectores de trabajadores y desempleados cuya reproducción es cada vez más difícil, a ser una lucha contra el capital, como la manifestada en Grecia en diciembre de 2008 por parte de minorías que han actuado de manera difusa en todo el país. Tal vez esta “clase peligrosa” se ponga agresivamente en el escenario y tal vez comiencen a recibir ataques destructivos del proletariado también los centros de trabajo, y no sólo los edificios estatales. Y no bastará con contratar a todos los policías posibles para defenderlos. La revuelta ya se encontrará ante nosotros.

Traducido por Antonio Giovetti para Klinamen